

SIGÜENZA Y GÓNGORA, CARLOS DE (1645-1700)

*RELACIÓN DE LO SUCEDIDO A LA ARMADA DE BARLOVENTO*

A fines del año pasado y principios de este de 1691 victoria que contra los franceses, que ocupan la costa del norte de la isla de Santo Domingo tuvieron, con ayuda de dicha armada los lanzeros, y milicia española de aquella isla, abrasando el puerto de Guarico y otras poblaciones debido todo al influxo, y promentísimos órdenes del excelentísimo señor D. Gaspar de Sandoval, Cerda, Silva, y Mendoza, Conde de Galve, Virrey, Gobernador y Capitán General de esta Nueva España con licencia de los superiores en México por los herederos de la viuda de Bernardo Calderón. Año de 1691.

Para que admiren no sólo esta ciudad de México, sino aun las más distantes provincias, como ayuda el cielo al excelentísimo señor D. Gaspar De Sandoval, Cerda, Silva y Mendoza conde de Galve, y meritísimo virrey de la Nueva España, en sus disposiciones, que necesariamente las ha de gobernar el acierto, porque la piedad que le asiste no se las deja errar: quise valiéndome de las cartas, y diarios que se escribieron a su excelencia y con orden suyo, disponer esta relación, para que sabiéndose ser (mediante sus buenos originales), muy verdadera, sea el regocijo de todos al leerla, en extremo grande.

Que esté en las manos de Dios el corazón de los que gobiernan, para inclinarlos fácilmente a lo que fuere su agrado, es verdad que dijo el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura; y que así sucediese en lo presente, nos lo asegura el suceso. Fue la isla de Santo Domingo la primera de América en que se enseñó por los españoles la religión católica, y es hoy la que ocupada de franceses (y por la mayor parte hugonotes), por su costa septentrional está siempre clamando a quien puede hacerlo, el que lo remedie. Esta consideración, y Dios que quiso el que fuese así, estimuló sin duda a este excelentísimo príncipe, a que de su voluntad espontánea (por algunas noticias, que de las hostilidades que ejecutaron los franceses en aquella isla, solicitó su vigilancia), le enviase el presidente de ella la Real Armada de Barlovento, para el fin que previó en su idea, y que mediante su orden se consiguió glorioso.

Logro era de muchos años, lo que en pocos días hizo la armada, y fue, porque según las propiedades de la forma, son las operaciones del cuerpo, siendo razón, que donde hay mucho espíritu que vivifique no falte el vigor a las manos en lo que debe hacerse: Éstas, y aquél están hoy en buena correspondencia, por nuestra dicha, y porque al ejemplar de lo que se ha visto, se adelantarán los progresos en lo que se espera, justo es se publiquen, a beneficio de la imprenta, los que ya digo, para que se nos dé ocasión el año siguiente de referir otros que sean mayores.

A las 11 del día 19, de julio del año pasado de 1690, salieron del puerto de San Juan de Ulúa veintitrés embarcaciones: las catorce de que se componía la flota del cargo del

conde de Villanueva, una para La Habana, otra para Campeche, dos para Cartagena, y cinco fragatas de guerra, de que constaba la Real Armada de Barlovento, que gobierna el general D. Jacinto Lope Gixón. Iba bastimentada para seis meses, no sólo para convoyar la flota hasta desembocar, sino para llevar a los presidios de La Habana, Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo los situados de reales, pólvora, armas y medicinas con que se les socorre de Nueva España todos los años.

Los malos tiempos, y casi continuas calmas retardaron el viaje treinta y cinco días, en que padecieron descabros las fragatas Concepción, y San Nicolás, pero las mismas calmas dieron lugar a reconocer lo que obligaba a ésta a dar quinientos sunchazos a la bomba en una ampolleta, y hallándose debajo de las tablas del aforro en la quilla, avante de la amura, y hacia el codaste, se remedió como se pudo y se minoró con ello la mitad del agua. A 18 de agosto se avistaron en la costa de La Habana las sierras de los Órganos. A 21, la fragata San Nicolás con el resto de la flota se entró en el puerto, y aunque pudo la armada ejecutar lo mismo, hallándose entonces la capitana y almiranta de flota ocho leguas a sotavento, no le pareció al general don Jacinto Lope Gixón, cumplía con sus grandes obligaciones, sino acompañándolas, y así lo hizo hasta que a 23 dieron todos fondo.

Lunes 4 de septiembre (no obstante que la fragata San Nicolás, no se había aprontado hasta entonces para hacer viaje), por convoyar a la flota salió del puerto de La Habana la Real Armada. Navegóse sin accidente hasta el día 9 en que la almiranta dio caza, y trajo a bordo de la capitana una balandra Inglesa: iba cargada de sal, y diciendo su capitán había salido de Jamaica para Providencia, isla de los Lucayos (y así constaba por su patente), donde por falta de gente y de bastimentos se retardó seis meses, y que proseguía su viaje a la Carolina, que es en la costa de la Nueva Inglaterra, se dejó ir libre.

Martes 12 del mismo se despidieron los dos generales el de la flota para la vuelta de España, y el de la armada para seguir su derrota, y continuándola para la Isla de Puerto Rico a 27 se vio una vela por barlovento, y advirtiéndole que botaba sobre la armada a reconocerla, y que juntamente hacia la seña que se le había dado, se reconoció ser la fragata San Nicolás, que venía ya remediada en busca de la armada, y se incorporó con ella.

A 6 de octubre, estando en la altura de 27 gr. y 37 min., se vio vela luego al amanecer, y haciendo seña con la bandera la capitana izó por ella el patache nombrado el Santo Cristo de San Román, del cargo del capitán don Tomás de Torres, a quien siguió el capitán don Andrés de Arriola en San Nicolás: Costó grande trabajo el reconocerlo por ser el viento puntero y poco, y disparándole pieza para que amainase, respondió con bala, y batiendo la bandera holandesa con que venía, largó una francesa, y presentó la batalla con tan gran denuedo y resistencia que duró tres horas, pastando cuatrocientos cartuchos de pólvora en su defensa. Y aunque procuró antes ponerse en diferentes derrotas, por último abatió la batidera y amainó las velas y se rindió.

Era un pingüe francés de cuatrocientas toneladas, diez y seis piezas montadas, y cuarenta y siete hombres de dotación, que cargado de azúcar, algodón, añil, cacao, cañafistola y

algún tabaco había salido de la Martinica para San Maló en Francia. Quedaron heridos quince y murieron en su defensa cuatro franceses; y de los nuestros dos, en San Nicolás, y otro estropeado. Remedióse su aparejo, y tomándosele los balazos que tenía debajo del agua, se tripuló con gente española, y se prosiguió el viaje.

A 15 se descubrió por proa otra vela, que venía de vuelta encontrada, y aunque se puso en huida, a las cuatro de la tarde se le dio alcance, y reconociendo ser embarcación mercantil inglesa, que cargada de algodón y azúcar venía de la Barbada para la nueva Inglaterra se dejó pasar.

A 22 se vio tierra de la Isla de San Martín: y a veinticinco obligados de un pedazo de muy mal tiempo, después de haber entrado por la cabeza del Leste de las Vírgenes, por buscar abrigo, por la banda del Sur de ellas, contra los muchos Nortes, se fueron costeano, y especialmente la Virgen Corda. Descubrióse la población, que en una de ellas nombrada Santo Tomás tienen los dinamarqueses, y con muy buena defensa; y finalmente pasando por Santa Cruz y Bieque se dio fondo en Puerto Rico el día siguiente, y fue a los 54 días que se salió de La Habana. Púsose en tierra el situado, y no habiendo allí noticia de enemigos que motivase cuidado, a seis de noviembre salió la armada de aquel puerto, y a las siete de la mañana del día 9, estando sobre la boca del Río de Santo Domingo se pidieron pláticos para dar fondo, y viniendo éstos a la una, se echaron anclas.

El mismo día, después de haber entregado el situado a oficiales reales, se abocó el general de la Armada con don Ignacio Pérez Caro, gobernador y capitán general de aquella isla, y presidente de su Real Audiencia, y abriéndose pliego, que para que sólo se hiciese en esta ocasión, había entregado al mismo general el excelentísimo señor virrey conde de Galve, se halló orden suya para que mancomunándose los dos en las operaciones que fuesen necesarias para desalojar el enemigo francés de lo que tenía usurpado en la costa del Norte de aquella isla, se procediese luego a la ejecución de la empresa.

Para que, en el ínterin que se prevenía lo necesario, se asegurase la armada, se resolvió entrasen los bajeles dentro del puerto; fue para ello forzoso el que se alejasen, y especialmente la capitana, de donde se sacó toda la artillería, lastre, aguada, bastimentos, municiones, vergas, masteleros y aun hasta las cajas de la gente de mar y de los soldados.

Fue esta noticia para los habitantes de aquella isla de gran regocijo, porque hallándose irritados de los franceses, no tenían bastante brazo ellos para vengarse. Fue el caso, que el 10 de julio del año pasado de 1690, monsiur Cutsi, gobernador de las seis poblaciones que tienen los franceses en la costa septentrional y llaman del Cap, hizo una entrada con 900 hombres hasta la ciudad de Santiago de los Caballeros, que dista de la de Santo Domingo 36 leguas, y habiéndola desamparado sus vecinos, por no tener fuerzas, ni gente para hacerles oposición, después de haberla robado le puso fuego, como también a muchos hatos y estancias, con que se asoló la tierra. Recobrados los nuestros del primer susto, procuraron con emboscadas embarazarle al francés su retirada, pero sólo se logró una de veinticinco lanceros que cortándoles la retaguardia, con pérdida de catorce hombres, les mató setenta, y sin caer en las restantes el enemigo, prosiguió su marcha.

Mientras se aseguraba la armada y se bastimentaba, convocó el presidente los cabos de la milicia de aquella isla, y convenidos en que dándoles la mano la armada (acometiendo por mar), ellos por tierra, como vaquianos en ella harían su deber, hasta conseguir la venganza; en pocos días se juntaron mil lanceros, así de los vecinos de la ciudad como de los dueños de los hatos y sus sirvientes, de los cuales y de doscientos mosqueteros, que se sacaron del presidio de la ciudad se dio el cargo al maestro de campo D. Francisco de Segura, gobernador y capitán general, que había sido de aquella isla.

No haciendo caso el general don Jacinto Lope Gixón de que era perder la armada (como los pilotos decían) querer costear la isla por aquel tiempo, por estar los Nortes ya muy ventantes, ser mucho el mar y no poder hacer los navíos camino por esta causa, ordenó el que se echase fuera, y se pusiese la capitana como estaba antes, y conseguido esto, a las 9 de la noche del día 26 de diciembre se hizo a la vela, con más dos barcos que fletó el presidente para el desembarque; y forcejeando contra la corriente y el viento, viendo que el pingüe francés por ser de mala vela se sotaventaba, porque no ocasionase algún atraso, ordenó a tres días de navegar, que asistido del bergantín y una fragata se volviese al puerto.

Andúvose con poca vela de un bordo y otro esperando a estas dos embarcaciones; pero viendo su dilación (peleando con los tiempos, y con gran trabajo), prosiguió la armada hasta pasar a la banda del Norte, y a 12 de enero se dio fondo en Monte Cristi, de donde el día siguiente se pasó a la Bahía del Manzanillo. No había entre todos los de la armada quien tuviese noticia de aquella costa, ni de sus puertos; y así fue necesario valerse de un prisionero francés, que se llevó por plático.

Era este el puesto donde se habían de dar la mano, en sus disposiciones, el general de la armada, y el del ejército; y por tres hombres, que ya éste tenía en la playa y se trajeron a bordo, se supo estar alojado a nueve leguas de allí, y que sin duda vendría a aquel paraje al día siguiente.

A las 10 horas de dicho día llegó a bordo de la capitana el maestro de campo don Francisco de Segura, y llamándose a junta a los capitanes se resolvió: Que de mil ciento cincuenta hombres con que se hallaba, daría trescientos de sus lanceros, para que acompañados de doscientos mosqueteros de la armada, que estaban prontos avanzasen al puerto del Guarico, que es allí la población primera de los franceses, mientras él por el otro lado hacía lo propio en el Limonal.

Estando en espera de estos lanceros, entraron el día diez y seis en la Bahía el bergantín y la fragata y se supo del capitán de ésta, don Francisco de Gamarra, habían encontrado cuatro balandras de guerra inglesas en Puerto de Plata, y que llegando el bergantín a hablarles le respondieron con su escopetería; y que retirándose aquél al abrigo de la fragata les dio ésta con la artillería, y mosquetería una buena carga, y respondiendo todas cuatro con el mismo estilo, tiraron para tierra, y la fragata y bergantín prosiguieron su viaje.

A 18 llegaron los trescientos lanceros, con noticias de que a 21 sin falta se daría al avance al Limonal, y ese mismo día se repartieron en los bajeles. A 19, por juzgar era necesario sondar la barra y canal del puerto, porque se presumía de poca agua, por ganar algún tiempo se levó la armada, pero haciéndose el viento norte, y con mucha celajería obligó a virar la vuelta del puerto, para buscar surgidero, y a un tiro de mosquete de la punta del Manzanillo echaron anclas.

Aunque perseveraba el Norte y de mal cariz, y decía el plático, que jamás había surgido allí embarcación alguna, por el riesgo en que pueden ponerla las muchas peñas, teniendo a los ojos el general la justificación de la empresa, por orden suya dio fondo en la boca del puerto del Guarico toda la Armada. Era ya entrada la noche del día 20, y con el silencio de ella, fueron las lanchas de la capitana y almiranta a sondear la entrada y acercándose hasta las mismas casas de los franceses con gran recato, hallaron seis brazas de agua en toda ella. No fue esta operación tan silenciosa que no la advirtiesen los enemigos, y poniendo candeladas se rompió el nombre.

No estuvieron ociosos los franceses en el tiempo que antecedió a esta noche; porque aunque ignorantes (a lo que presumo), de la cercanía de la armada, sabían muy bien por sus corredores los movimientos de nuestro ejército, y no juzgando conveniente esperar al enemigo en sus propias casas, dando voz a todas las poblaciones, para que acudiesen a la del Guarico con prevención de armas, pusieron en banderas, sin muchos cabos para su gobierno 1200 escopeteros y bocaneros, como ellos dicen, y escuadrándose en la Sabana de Caracoles arrimados a la ceja del Limonal, y todos a pie, menos el sargento mayor que andaba montado, esperaron el choque con grande ánimo.

A no mucha distancia de aquel sitio se había alojado aquella noche el maestre de campo don Francisco de Segura con sus isleños, y sabiendo la cercanía, y orden de los franceses, dejando ciento cincuenta hombres, así para cubrir algunos puestos, en que se pudiera recelar emboscada, como para seguridad del bagaje, hizo frente a su escuadrón con los mosqueteros y escopetas con que se hallaba, que eran trescientos, y dio la retaguardia a los cuatrocientos hombres de lanza que le quedaron. Comenzó su marcha casi de noche, con orden de que al romperse la guerra se tendiesen en tierra los lanceros y que no se levantasen ni acometiesen hasta oír: ¡Avanza!

Avistáronse los dos ejércitos cuando esclarecía, y siendo el nuestro el primero que dio su carga, habiéndola retornado el enemigo y repetido otras, al tiempo que por reconocer menos gente de la que esperaba se iba estrechando, se dio voz a los lanceros para que avanzasen. Levantáronse éstos como si fueran leones, y partiendo con ligereza sobre el enemigo, no dejaron hombre con hombre en muy breve espacio, y huyendo los franceses por aquellos bosques como si fueran gamos, dándole primero gracias a Dios los nuestros, se cantó victoria.

Quedaron allí muertos 250 franceses, y entre ellos como valerosos sus primeros cabos, y fueron monsiur Cutsi, gobernador de toda la isla, su teniente Franquinet, el capitán de caballos Alarcan, el sargento mayor de Puerto Pe, y todos los capitanes de infantería y

corzo que allí se hallaban. De los nuestros murieron cincuenta y cinco, y un solo capitán que fue el de la Costa de Guaba, y hubo noventa heridos.

En el ínterin que esto sucedía en tierra levantóse la armada con el terral, yendo por delante las embarcaciones pequeñas con toda la infantería para ponerla en tierra, se comenzó a batir el lugar del Guarico con la artillería de los navíos, y fue tal la violencia y repetición con que esto se hizo, y tanta la resolución con que ejecutó la infantería su desembarque que aunque estaban atrincherados los enemigos, desamparando sus defensas, se retiraron a los bosques y colinas que dominan sobre aquel terreno.

Hallándose la gente de la armada sin oposición, ocupó el lugar, y disponiendo el general don Jacinto Lope Gixón algunas mangas de mosqueteros para que tomasen las venidas que podían hacer los que habían huido (satisfecho primero de estar seguro), dio orden al sargento mayor don José de Piña, que lo es del presidio de Santo Domingo, para que con los quinientos lanceros y mosqueteros, sin perder hora de tiempo, se pusiese en marcha para engrosar el ejército.

Estando los franceses en esta ocasión, no sólo desbaratados, sino huyendo sin orden por aquellos bosques, no habiéndoles quedado otro cabo sino el sargento mayor del Guarico que los gobernase, a diligencias suyas se rehicieron, y estando disponiendo algunas emboscadas en paraje donde tenían prevenida una pieza de diez para defender el camino, los acometió D. José de Piña por la retaguardia, y habiéndoles muerto (con pérdida de dos de los nuestros) cincuenta hombres, y entre ellos su sargento mayor, en muy breve rato desampararon el puesto, y encontrándose en su fuga con el grueso del ejército, que después de saquear el Limonal, marchaba victorioso para el Guarico, acometidos de los nuestros por todas partes perecieron a manos de los lanceros.

A pocas horas se tuvo noticias en la armada de lo sucedido en tierra y que quedaban en el Limonal nuestros heridos; despacháronse dos balandras para conducirlos al Guarico, y alojándolos en aquel lugar se les acudió con medicinas para cuerpo y alma.

Ínterin que el ejército corría la campaña del enemigo, haciendo las hostilidades que después diré, no estuvo la armada ociosa, porque luego el día siguiente, 22 de enero, se vieron dos navíos de mar en fuera, y reconociendo esperaban la virazón para entrar al puerto, por asegurarlos mandó el general se quitasen las banderas españolas y se pusiesen las francesas, y tripulando los navíos más ligeros con la gente de la almiranta para todo acontecimiento, dio orden que siguiesen a la capitana en sus movimientos.

Estando ya adentro, y para dar fondo, reconociendo su engaño volvieron a izar para ponerse en fuga; pero no pudiendo conseguirlo, por ser el viento contrario, tomaron la vuelta de un manglar, sin saber qué hacerse sino varar. Obligóles a esto las cargas de nuestra artillería, y porque no se pegasen fuego, largando la capitana por la mano los cables y haciendo lo propio los otros navíos, se repitió la batería hasta que saliendo a tierra con sus lanchas y armas los que los ocupaban, los dejaron libres. Acudióse con diligencia a ver si dejaban en los pañoles alguna mina, y no hallándola se trabajó en sacarlos afuera, y se logró el trabajo.

Venían de S. Maló a cargo de dos hermanos nombrados Chevilles, y pertenecían a un hombre poderoso de aquel lugar que los enviaba al Seno Mexicano para andar a corzo. Traía cada uno cien hombres, y veinticuatro piezas montadas, sin otras en las bodegas, y se llama el uno Triunfante, y el otro Santo Tomás. Halláronse en el uno el capitán Tomás Cheville, herido con una bala de artillería de que murió, y su cirujano; en el otro un muchacho pequeño, y un marinero. A los que saltaron en tierra no les fije muy bien; porque acudiendo al primer estruendo de la artillería algunos de los nuestros, que estaban cerca, les acometieron con valor y mataron muchos, pero huyeron los más por aquellos montes hasta Puerto Pe.

Con el mismo ardid de las banderas se vino a las manos una balandrilla que con siete hombres, y dos mujeres, había salido de la Martinica para aquel puerto. Lo mismo le sucedió a una fragata de sesenta toneladas que venía de Nantes, a llevar carga, con nueve hombres. Más prevenidos anduvieron otros, que al reconocer la boca del puerto, quizás por alguna seña, huyeron de él.

Desde el día 21 hasta el 28 de enero que llegó al Guarico el maestre de campo D. Francisco de Segura con todo su ejército, no se ocupó éste en otra cosa que en matar franceses, y en quemarles los pueblos y haciendas, de que se siguió el que sin los cabos y capitanes, que murieron todos, pasaron los muertos de 700. Cogiéronles muchas y buenas armas, alguna ropa, añil, aguardiente, vino, abejas, cabras, caballos, vacas, ciento treinta negros y otras muchas cosas, que como dueños de la presa se llevaron los isleños por tierra a Santo Domingo.

El día 29 se hizo junta de todos los cabos de mar y tierra, para decidir si se proseguiría el desalojo de los franceses que habitaban el Puerto Pe, distante del de Guarico 22 leguas. Propuso en ella el maestre de campo se hallaba entre muertos y heridos con 190 hombres menos de los que trajo, y muy trabajados y rendidos los que quedaban, y que por noticia no sólo de los prisioneros, sino de un religioso capuchino, que voluntariamente se había pasado a nuestro campo, se sabía estar fortalecido aquel puerto, así por mar como por tierra, con cuarenta piezas, y más de dos mil hombres, vecinos unos y otros de los que de las poblaciones quemadas se acogieron a él; con más de mil negros a quienes en nombre del rey de Francia se prometió libertad, porque tomasen armas contra los españoles: a que se añadía gran falta de municiones y bastimentos en el ejército y en la armada.

Determinóse con todos los votos, el que (siendo evidente cuanto se había dicho) para lograr lo hecho se retirase el ejército a Santo Domingo, y en esta conformidad salió de allí a 31 de enero, poniendo primero fuego a aquel lugar de Guarico, como lo habían puesto ya a otros cuatro, que son: Le Heut du Cap, la Petitanza, Truselmorrel y el Limonal, sin otras muchas haciendas y hatos que quedaron arruinados.

El mismo día se reconocieron nueve embarcaciones que tenían los franceses en la bahía, y no hallando de provecho sino una balandra para que patachease, se fueron arrojando a tierra, y se les dio fuego. A 19 de febrero salió la armada de aquel puerto para el Manzanillo, donde estuvo hasta el 7, así en el reparo de lo que algunos bajeles

necesitaban, como en espera de que viniesen del ejército a recibir sus heridos y algunos negros que estaban a bordo.

Habiéndose abierto a 8 un pliego cerrado del presidente D. Ignacio Pérez Caro, en que insinuaba al general que con bueno o mal suceso volviese al puerto; determinó darle gusto (porque se persuadió lo tendría en ello el excelentísimo señor virrey conde de Galve a cuyas disposiciones se debía lo hecho) y que fuese por la banda del oeste de la isla, y por donde quizás se navegaría con menos contratiempos y así se hizo en el propio día.

Diose vista a Puerto Pe, al Petit Guae, en la mayor cercanía que se pudo, y a la Tortuga; pero al montar el Cabo del Tiburón se hicieron los vientos lestes y cuestas tan en extremo ventantes, y con tanto mar, que cada día se perdían muchas leguas de barlovento, y se sotaventaban todos los bajeles hasta la Navaza. Con el proejar contra las brisas se le rindió a la fragata San Nicolás el palo mayor; la Triunfante y Santo Tomás con la varada que hicieron en el manglar, daban más de quinientos sunchazos en una ampolleta, y se iban a pique.

Estos desvíos, y la consideración de la ninguna conveniencia que había en Santo Domingo para carenar, y para bastimentarse (pues para hacerse de 44 días se habían gastado antes en su puerto 46) obligó a que, con parecer de los pilotos y capitanes, mandándole hiciese farol, y echando por proa a la fragata San Nicolás, se tirase la vuelta del puerto de Cuba, donde se entró el 16 de febrero.

No se halló allí palo mayor, ni aun unos chapuces para remediar este bajel, y sólo se hizo una rueca de tablones de caoba desde encima de los baos hasta el tamborete con sus reatas. A la Triunfante y Santo Tomás no se les pudo dar remedio (por entonces) porque aunque se les pasó toda la artillería de proa a popa y se les cubrieron las costuras de los bastidores, calafateándolas de firme y emplomándolas, nada sirvió, porque hacían la agua muy baja por su varada, pero no obstante, son muy ligeros, y de lindo galibo, y remediados (como se hará sin duda) servirán en la armada de mucho útil y ahorrarán lo que habían de costar otros para su refuerzo.

Hízose segunda junta, y reconociéndose absoluta imposibilidad para volver a Santo Domingo, se determinó la recogida a la Vera-Cruz. Salióse de allí a 22 de febrero y habiendo corrido la costa hasta Cabo de Cruz; avistado los Caymanes por la banda del norte, a donde es surgidero, buscando la sonda de Cabo de Catoche, se reunió a Punta de Piedra y de allí al surgidero de Campeche, donde se llegó a tres de marzo. De allí, sin noticias de enemigos se levó toda la armada a 5, y sábado primero, a las cuatro de la tarde, con los cinco bajeles con que de allí salió y las cuatro presas se amarró en San Juan de Ulúa; y a las dos de la tarde del día miércoles, que se contaron 14, se supo en México.

Los cabos principales y capitanes, que iban este año en la armada, a cuyo valor se debe el buen suceso referido, son D. Jacinto Lope Cixón, que después de haber sido capitán de mar y guerra en la Armada real, almirante y gobernador de la de Flandes; almirante real del océano, es hoy general de ésta del seno mexicano: llevaba a don Bartolomé del Villar

y Aguirre por capitán de mar y guerra en su capitana; D. Antonio de Astina, capitán de mar y guerra de la armada del océano; general de la que envió el ario de 1688 a las Filipinas con el socorro ordinario; y ahora almirante y gobernador (que fue) de esta de Barlovento: iba D. Juan de Frías por capitán de mar y guerra de su almiranta. D. Francisco López de Gamarra capitán de mar y guerra (de la fragata Concepción) desde el restablecimiento de esta armada capitán comandante de su tercio. Don Andrés de Arriola, capitán de mar y guerra de la fragata S. Nicolás, gobernador que fue del mismo tercio y cabo principal de las embarcaciones que fueron en busca del enemigo por el mar dél: Sur. Tomás de Torres, capitán de mar y guerra del patache Santo Cristo de San Román; D. Juan Enriquez Barroto, capitán de la artillería, excelente matemático, y a cuyos desvelos deberá la Náutica americana grandes progresos.